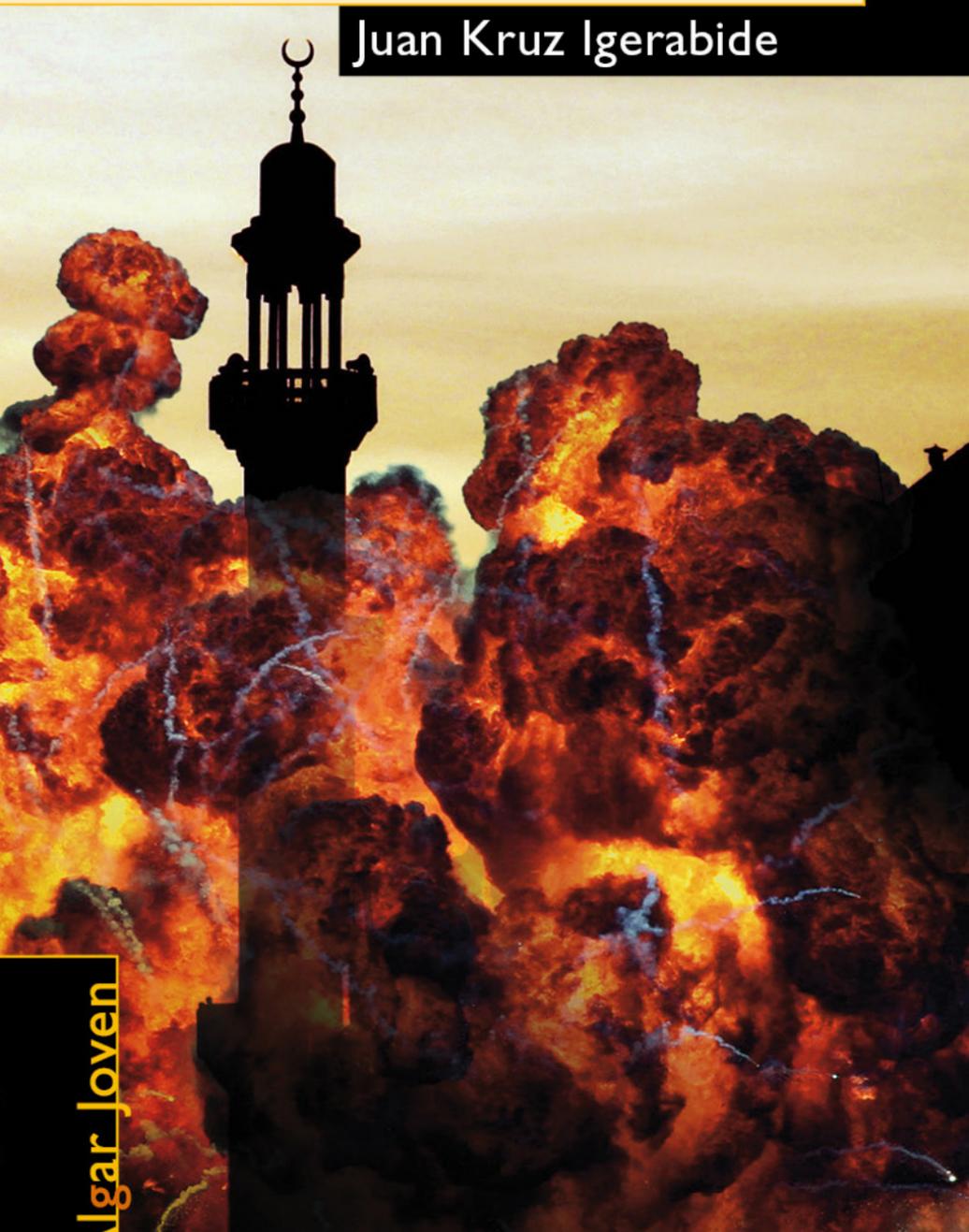


# Rostros sobre Bagdad

Juan Kruz Igerabide



Algar Joven

Crece y soña entre escombros

Muchos siglos antes de que un mortero matara a casi toda mi familia, existía mi aldea, cerca de Bagdad, existían mis antepasados, nobles servidores del califa Omar ben Saadi, entre los cuales destacó Alí Jayyam, poeta, matemático, astrólogo, músico, filósofo..., que ya en edad temprana habitó en una humilde cabaña de la aldea, alejado de su familia, no por desavenencia alguna, sino porque había elegido vivir en soledad y porque había sido educado para ello en la tradición sufí, en la tradición de los hombres solitarios de capa moteada. De vez en cuando, Alí Jayyam se dedicaba a peregrinar por los caminos, sin más atuendo que una sencilla túnica, un bastón y su capa de sufí; después se retiraba a su humilde casa, a vivir en soledad, meditando y estudiando sobre la vida. El califa en persona lo visitaba a menudo en la aldea, buscando consejo y consuelo espiritual, a veces de manera furtiva, disfrazado de campesino, a veces con su lujoso séquito. Tanto si se presentaba con boato, como si lo hacía de manera humilde, antes de acceder a la cabaña de Alí Jayyam, el califa se descalzaba y se enfundaba una austera túnica, porque sabía que de lo contrario el sabio se negaría a departir con él.

–Hermano Omar: no somos más que dos motas de polvo en el universo infinito –recordaba a menudo Alí Jayyam al califa.

El joven sufi trataba de igual a igual tanto al califa como al campesino más humilde, e incluso al gato que compartía con él la soledad del campo limítrofe con el desierto.

El visir o primer ministro del califa odiaba a muerte a Alí, porque en más de una ocasión se había considerado desairado por él, al no tratarlo como correspondía a su posición, o al contradecir las opiniones que trataba de inculcar en el joven y aún inexperto califa; sin embargo, el visir no se atrevía a enfrentarse con él, ni lograba indisponer al califa en contra del sabio, cosa que aceraba aún más el aguijón de odio y de envidia que pinchaba sus entrañas.

Al sabio Alí le llamaban La Centella Fulgurante, porque sus pensamientos brotaban veloces y luminosos de su boca, de sus gestos, del brillo de sus ojos, y penetraban en la mente de los que lo escuchaban, iluminando las más oscuras oquedades del alma. También le llamaban así porque su cuerpo se desplazaba como el extremo de un látigo, con la levedad del viento y con la precisión de un rayo, de tal manera que ningún enemigo malvado había logrado herirlo y menos vencerlo ni a traición ni en noble lid.

Alí nunca blandía ni lanza, ni espada, ni daga. Su mano abierta cortaba el aire con el silbido de una espada acerada y desarmaba al más feroz enemigo o inmovilizaba a la fiera más agresiva, incluso antes de que el ataque llegara a tomar impulso. En tales ocasiones, brotaba de la boca de Alí un sonido, una especie de oración sin palabras, y de sus ojos emanaba un rayo de brillo lunar, y con sólo eso podía paralizar al enemigo más temible. Contaba la gente que, cierto día, al volver de meditar en el desierto, Alí sorprendió a un ladrón robando en su casa. Con sólo mirarlo y musitar

su sonido, aquella especie de reverberación que Alí emitía con los labios entreabiertos, el ladrón se echó a llorar, con la cabeza agachada.

—Llévate todo lo que necesites—invitó sorprendentemente el sabio al ladrón.

El ladrón, asombrado, sólo pudo encontrar un poco de agua para calmar su sed y un trozo de pan para mitigar su hambre. En un arrebato de arrepentimiento, rogó al sabio que le permitiera servirle de criado.

—No acepto criados ni esclavos. Pero te quedarás un tiempo como amigo y discípulo. Luego, seguirás tu camino.

Cuando la fuerza del arrepentimiento del ladrón se debilitó, éste se fugó de madrugada, llevándose la capa de Alí. A unos kilómetros, en pleno desierto, fue atacado por una jauría de perros salvajes, que lo descuartizaron y devoraron. Después, la jauría se dirigió corriendo a la aldea. Un campesino dio la voz de alarma, y todos los vecinos se encerraron en sus casas. Los perros irrumpieron ladrando y echando espuma por la boca, tratando de acceder a las casas y a los corrales y cuadras. Alí Jayyam abrió la puerta tranquilamente y salió a la calle musitando su sonido. Entonces, la jauría de perros se congregó a su alrededor, ladrando amenazadoramente, pero el sonido los fue convirtiendo en una especie de estatuas de carne y hueso. Uno de los perros, que portaba en su boca la capa de sufí, se acercó y se la entregó intacta. Los perros volvieron a su ser, amansados, y se repartieron por las casas de la aldea, convertidos en fieles guardianes.

De la mirada de Alí emanaba un brillo sereno; nunca entrecerraba los párpados ante las preguntas y los adema-

nes de las gentes. Los ojos de los niños se reflejaban en sus pupilas y gustaba de participar de sus juegos en las calles polvorientas, con la ilusión infantil dibujada en su rostro. Jamás se le vio amenazar ni alzar el puño en un arrebato de ira. Cuando sentía que la cólera podía adueñarse de su interior, pues era hombre y en su interior moraban las pasiones que sacuden las entrañas de todo ser humano, caminaba largas horas por el desierto y, en la soledad ardiente, golpeaba rocas y arena hasta caer exhausto, llorando como un niño, pidiendo perdón al espíritu de las piedras y de la arena. Así lograba regresar puro y sosegado a su cabaña.

A pesar de sus extensos conocimientos, Alí era un hombre joven, educado en su infancia y en su adolescencia por un sabio desconocido, del que nadie tenía noticias directas y del cual se decía que provenía de lejanas tierras de la India y había regresado a su país tras cumplir su secreta misión.

Alí escribió en su juventud un enigmático poema sobre su maestro; nunca más lo volvió a nombrar.

Si mi corazón el misterio de vida entendiera  
muerto en vida y vivo en muerte existiera  
más nada de nada sé de lo que de él supe  
y nadie puede saber más de lo que yo supiera.